

Los discursos de Poliméstor y Hécuba a partir de la metáfora aristotélica*

The speeches of Polymestor and Hecuba
from the Aristotelian metaphor

Rafael Gonzalo Angarita Cáceres**

Resumen

Este artículo se adentra en la estructura de los discursos de Hécuba y Poliméstor, en *Hécuba*, de Eurípides, con el objeto de mostrar los diferentes oficios que cumple en ellos la metáfora teorizada por Aristóteles, tanto en *Retórica* como en *Poética*. Aleccionados por estas indicaciones, se constata que las prescripciones establecidas en el texto estético están dirigidas a hacer hincapié en la persuasión (propósito de la retórica), gran objetivo de los contendientes para justificar sus acciones.

Palabras clave: Aristóteles, Hécuba, Poética, Poliméstor, Retórica y Metáfora.

Abstract

This article goes to the speeches of Hecuba and Polymestor, in *Hecuba*, by Euripides. The objective is to show the different roles that the metaphor, theorized by Aristotle in both *Rhetoric* and *Poetics*, plays in them. Taught by these indications, it is confirmed that the requirements established in the aesthetic text are directed to emphasize persuasion (purpose of rhetoric) major of the contenders objective to justify their actions.

Keywords: Aristotle, Hecuba, Poetics, Polymestor, Rhetoric and Metaphor.

* El presente escrito corresponde a un artículo de reflexión que se inserta en el marco de los trabajos teóricos desarrollados al interior del grupo de investigación POLITEIA, de la Universidad Industrial de Santander (UIS), dirigido por el Profesor Titular Alonso Silva Rojas Ph. D. en Ciencias Sociales. La investigación conjunta desarrollada por POLITEIA tiene por objeto dar cuenta de la configuración de la Polis en la Grecia Antigua. Asimismo, conviene aclarar que algunas de las tesis aquí formuladas fueron presentadas en el marco de la VIII Semana Internacional del Pensamiento Filosófico “Los Griegos con Nosotros”, evento académico realizado por la Escuela de Filosofía UIS, del 9 al 11 de diciembre de 2009.

** Filósofo UIS (2007), Magíster en Filosofía UIS (2011), Profesor Asistente Escuela de Filosofía, Universidad Industrial de Santander (UIS). Correo electrónico: gonzoangarita@gmail.com

Los discursos de Poliméstor y Hécuba a partir de la metáfora aristotélica

La historia era increíble, en efecto, pero se impuso a todas, porque sustancialmente era cierta. Verdadero era el tono de Emma Zunz, verdadero el pudor, verdadero el odio. Verdadero también era el ultraje que había padecido; sólo eran falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios.

J. L. Borges, Emma Zunz.

1. Introducción

Werner Jaeger, en su libro *Paideia: Los Ideales de la Cultura Griega*, al analizar la obra de Eurípides, sostiene que en ella se pueden encontrar, básicamente, “tres formas sociales: el realismo burgués, la fuerte presencia de la retórica y la filosofía” (Jaeger, 1992, p. 303). El adjetivo que acompaña a retórica se hace tan *fuerte* que nos arrastra, nos lleva y nos compele a escribir sobre ella. Y no solo por lo resaltado en Jaeger, sino porque, tal y como lo sostiene Vernant, la aparición de la *Polis* acaba por ser un elemento decisivo en la configuración del pensamiento griego y, dentro de su estructura, la palabra reclama la mayor importancia en lo que a mecanismos de poder se refiere. A tal punto que se convierte en el origen de la autoridad de la *Polis*. Por ello,

(...) son la retórica y la sofística las que, mediante el análisis que llevan a cabo de las formas del discurso como instrumento de victoria en las luchas de la asamblea y del tribunal, abren el camino a las investigaciones de Aristóteles y definen, al lado de una técnica de la persuasión, las reglas de la demostración (...) (Vernant, 2004, p. 62).

Así, al hablar de la retórica, se presenta el elemento fundacional del pensamiento griego. Se tiene, sin embargo, una limitante de tiempo y de espacio que nos impide acometer, por completo, la retórica. Por ello, solo se intenta dar unos breves rodeos sobre uno de sus tropos, la metáfora. Decir lo anterior es comenzar por lo más delicado de *Retórica* y de *Poética*, pues, como se verá, el tratamiento de este tropo

resulta de suma importancia tanto para lograr la persuasión en el discurso mismo (objetivo de la retórica) como para obtener una obra bien lograda en términos estéticos. Por tanto, difícil será decir que se ha delimitado el tema y, más todavía, que se ha logrado. Tiempo y espacio pueden acudir en nuestra ayuda si se observa la forma en que Eurípides formula la metáfora en los discursos de Hécuba y Poliméstor en su tragedia *Hécuba*, no huelga insistir en que la base teórica para nuestro propósito serán algunos apartes de lo indicado por Aristóteles sobre el tropo en cuestión, tanto en *Retórica* como en *Poética*.

En ese recorrido propuesto desde Jaeger, pasando por Aristóteles para llegar a Eurípides, nos encontramos atrapados o, mejor aún, transportados y desplazados en y por lo metafórico; pues, como lo recuerda Derrida: “(...) *metaphorikos* sigue designando actualmente, en griego, como suele decirse, moderno, todo lo que concierne a los medios de transporte (...)” (Derrida, 1989, p. 35). El recorrido postula, entonces, desde el principio, la obligatoriedad de ocuparse de la metáfora y de lo metafórico. No obstante lo anterior, a la conjunción propuesta podría objetársele que no es más que un artificio o un pretexto para juntar dos textos de Aristóteles con la finalidad de escribir sobre un tema específico: *Hécuba*, de Eurípides. Y, por tanto, que ambos textos tienen una dimensión específica totalmente demarcada y, por ello mismo, quizá imposibles de unir. Para justificar esta conjunción se tomarán en cuenta, por el momento, dos aspectos. El primero, referido a la tematización estética y persuasiva de la metáfora, presentada de manera sumaria en el párrafo anterior. El segundo, en la vecindad del anterior, muestra que Aristóteles entiende a tal punto la conjunción presentada, que al referirse a la metáfora en *Retórica*, señala los ítems que ya especificó en *Poética*, por tanto, considera que no se hace prudente volver sobre lo ya dicho. Más allá de lo indicado, el tratamiento aristotélico de la metáfora quizá permita observar un precursor en la temática: Eurípides.



2. El acto Creativo en el Poeta y en el Orador

Pues bien, anclados ya en *Poética*, lo metafórico nos hace ir de atrás para adelante. De este modo, Aristóteles, en el apartado veintidós, utiliza su harto conocida formulación de “*virtus in medio*” para señalar que “La virtud del lenguaje consiste en ser claro sin ser trivial” (Aristóteles, 1991, p. 1458a).¹ Justo aquí, en la preocupación por el lenguaje y por su uso, entre otros tropos, se encuentra la metáfora. Debe el poeta, por un lado, y gracias a su capacidad creativa, saber hallar esa adecuación del lenguaje que le permita la obtención de claridad en las formulaciones sin caer, desde luego, en la trivialidad. Por otra parte, el poeta no puede perder la claridad del lenguaje en su horizonte de composición, pues ello le llevaría a elevarse a las nebulosas de la solemnidad. Con lo indicado anteriormente queda claro que, para el estagirita, el uso de la metáfora debe ir acompañado, para que resulte inteligible, del lenguaje corriente. Lo formulado se compagina con lo preceptuado en la tragedia como imitación de acciones virtuosas; ya que un mal manejo de la metáfora, nos dice el autor, podría movernos a risa, es decir, nos situaría en el género contrario, en el de la comedia. La importancia de este aspecto se constata en la siguiente formulación: “Importa utilizar con propiedad cada uno de los [tropos] mencionados, los nombres dobles y los exóticos, pero lo más importante, con mucho, es el ejercicio metafórico” (1991, p. 1459a).

En efecto, si el poeta no es cauto a la hora de presentar su lenguaje y lo expresare en metáforas, se halla, entonces, frente a un enigma que, en el mejor de los casos, lo haría tocar, como ya se indicaba, el otro extremo, el de la comedia. En esto radica la importancia del correcto uso de la metáfora.

Más acá en *Poética*, el autor define la metáfora como “(...) la imposición de un nombre ajeno, en que el género sustituye a la especie, la especie

1 En adelante, las citas a la obra de Aristóteles se realizarán exclusivamente por el número de la paginación universal.

al género, una especie a otra o hay una analogía” (Aristóteles, 1991, p. 1457b). Con todo, Aristóteles, al formular la anterior clasificación no la presenta como una jerarquía o, por lo menos, no nos lo dice. De tal modo que se hace imposible determinar si tal o cual forma de metáfora es más perfecta que otra, ya que todas se extienden sobre un mismo plano en el que lo importante es el ejercicio mismo de la metáfora en la escritura de la obra trágica.

En *Retórica*, pareciere que tampoco se presenta una jerarquización de la metáfora, pues en cuanto se comienza a tematizar sobre ella, en lo tocante a su definición y clasificación (como se enunciaba en el segundo de los aspectos señalados sobre la conjunción de *Poética* y *Retórica*), se constata una remisión a *Poética* (Aristóteles, 1999). Más adelante, sin embargo, el autor dará cierto privilegio a la analogía, pues ella hace que la metáfora se diga de un modo mucho más ajustado. La explicación del autor es la siguiente: “Porque como más se manifiestan los contrarios es enfrentándolos” (Aristóteles, 1999, p. 1405a). Tal afirmación nos lleva al inicio mismo de *Retórica*, pues el comienzo que propone Aristóteles es una analogía entre Dialéctica y Retórica, para así constatar claramente su diferenciación y sus puntos de encuentro (aquí se constata, entonces, el tercer aspecto del que se hablaba líneas arriba).

De lo dicho se puede registrar rápidamente dos conclusiones. La primera, dirigida a la pertinencia de la conjunción de *Poética* y *Retórica*, pues esta cuestión, como se acaba de ver, comienza con el tropo trabajado por el autor en los apartados veintiuno y veintidós de *Poética*. La segunda, señala que la metáfora no es, dentro de la retórica, un tropo entre otros, sino que es el gran tropo o, simplemente, el tropo. Lo anterior se ve confirmado por la sistematización que pretende llevar a cabo Aristóteles de la retórica, toda vez que ésta empieza, precisamente, por la metáfora y por aquella clase a la que le va a conceder (muchas páginas más allá, pero siempre desde el inicio) cierto privilegio.

En *Retórica*, la capacidad creativa del orador se enfrenta al obstáculo de la carencia de medios. En efecto, tal y como lo sostiene el

estagirita, el discurso posee menos recursos que la poesía, lo que hace que en lo tocante al ejercicio de la metáfora se exija un mayor esfuerzo (Aristóteles, 1999). Posteriormente, Aristóteles hace precisión en que, para que se pueda predicar de la metáfora que está bien lograda, es necesario que ella se tome del mismo género o de especies similares (Aristóteles, 1999). Sin embargo, la gran diferencia del uso de la metáfora en la retórica son las dos dimensiones que adquieren en la finalidad del discurso, es decir, en la persuasión. Así, la metáfora unas veces se utiliza para alabar, esto es, para poner de relieve lo mejor del género y, otras, para censurar, esto es, para enfatizar que se trata con lo contrario, es decir, con lo peor del género (Aristóteles, 1999).

3. Examen de los Discursos

Expuesta de este modo, más que sucinto, la teoría de Aristóteles sobre la metáfora, se pasa, ahora, al modo en que se estructuran los discursos de Poliméstor y Hécuba y la función que cumple la metáfora en cada uno de ellos. Es necesario insistir en que lo dicho por Poliméstor y Hécuba en su enfrentamiento es propiamente discurso agonal y no diálogo. Cada una de las alocuciones se configura como discurso porque ambos están en abierta pugna y dirigidos a un público que los debe aprobar o improbar. Al respecto, las palabras de Agamenón resultan más que claras: “Detente [Poliméstor]. Una vez que hayas expulsado de tu corazón la barbarie, habla, para que, después de oírte a ti y a ésta [Hécuba] en turno, juzgue yo con justicia por qué has sufrido esto” (Eurípides, 2000, p. 485).² Aquí se ve claramente que las palabras de Agamenón lo postulan como juez y público de los discursos: a él se dirigen y, cumplido lo anterior, dará el veredicto.

Pero se hace necesario abrir el espacio de la discusión, pues ya se acerca el atormentado Agamenón, quizá atormentado por la metáfora

2 En adelante, las citas a la tragedia de Eurípides se realizarán en el texto con indicación del número de los versos.

misma (para hacer creer que no lo está) y, quizá por ello, la expresa. Así, le dice a Poliméstor:

He venido al oír tu grito. Pues la hija de la roca montañosa, Eco, está chillando sin reposo a través del ejército, causando tumulto. Si no supiéramos que las torres de los frigios han caído bajo la lanza de los helenos, este estruendo nos habría causado miedo y no en forma moderada. (Eurípides, 2000, Vv. 1105-1115).

Se nota que Agamenón, al igual que Aristóteles, es traído a lo agonal de la retórica por la metáfora; y, como el estagirita, por la forma de metáfora a la que se le concede ese cierto privilegio. En efecto, lo que formula Agamenón con el eco producido por los gritos de Poliméstor es una analogía. No obstante lo anterior, podría argüirse, de modo ingenuo, que la construcción metafórica no se compadece del todo con lo preceptuado por Aristóteles en *Retórica*, referente al extraer la metáfora de lo más bello. Y que, por tanto, resulta más que incómodo que la diosa no cante sino que chille. Pero la objeción parece desbaratarse por la necesidad poética de Eurípides, pues requiere de un grito tan horrendo y, por tanto, de un eco que se adjetive del mismo modo que haga justificar tanto la presencia de Agamenón como el gran padecimiento a que es sometido Poliméstor, quien sufre de tal modo que hasta hubiese hecho espantar a guerreros que, por su condición, estarían preparados para las más viles de las acciones, sin ningún reparo de miedo.

3.1. El discurso de Poliméstor

Una vez ha hablado el terror de la metáfora, sigamos en ella, con ella. El turno es ahora para Poliméstor que debe justificar el crimen que cometió al asesinar a Polidoro, el hijo de Hécuba. Ante la invitación-mandato hecha por Agamenón, Poliméstor establece su tesis: “Lo maté” (Eurípides, 2000, V. 1136). El hecho es claro y no se discute, Poliméstor ha cometido un homicidio, pero a continuación esboza las razones para justificar el crimen y, de ese modo, intentar salir librado de cualquier responsabilidad. La primera de las razones esboza la peligrosidad que

ejerce un hijo de Príamo, tanto para Agamenón y los helenos, como para la misma Troya y los pueblos vecinos (Eurípides, 2000). En efecto, Polidoro podría significar el restablecimiento de Troya y una nueva incursión de los aqueos en ese territorio, lo cual, además, demandaría grandes pérdidas para los territorios fronterizos entre los que se cuenta el regentado por Poliméstor.

Posteriormente, pasa a referir los hechos que causaron tanto la muerte de sus hijos como su ceguera. De este modo, según la promesa hecha por Hécuba asiste a ese lugar con sus hijos para que se le confíe el secreto de los depósitos de oro que quedan en Troya (Eurípides, 2000). Justo ahí, Poliméstor introduce su primera metáfora: “Como en casa de un amigo las hijas de los troyanos estaban sentadas” (Eurípides, 2000, Vv. 1150-1155). Nótese que la metáfora utilizada corresponde a la cuarta clase de este tropo, pero a diferencia de Agamenón quien lo antecede en la intervención y de Aristóteles en *Retórica*, Poliméstor no la establece desde el principio sino que la hace derivar de los hechos. Pero la metáfora resulta formidablemente astuta, en la medida en que con ella pretende hacer implicar la responsabilidad de todas las mujeres de Troya en los padecimientos que lo agobian: la muerte de sus hijos y la pérdida de la visión.

Lo anterior se agrava si se tiene en cuenta que, una vez recibido, dice Poliméstor: (las mujeres) “contemplando mi lanza tracia, me privaron de mi doble arma” (Eurípides, 2000, Vv. 1155-1160). En efecto, el arma es doble, no solo por su utilidad como arma de guerra, sino en el sentido de que serviría para defender tanto la vida de sus hijos como su propia integridad física. El modo en que Poliméstor ordena su discurso está orientado a recalcar la afirmación que lo acontecido es parte de un complot traicionero orquestado por Hécuba y seguido al pie de la letra por las troyanas. Pero lo realmente importante de extender la acusación a la totalidad de las mujeres, se expresa en la pretensión de ganar para sí el veredicto de Agamenón por el ejercicio de la persuasión. En efecto, la alocución tiene por finalidad hacer

que Agamenón deje de obrar como juez imparcial y pase a ocupar el lugar de víctima de los hijos de troyanas, es decir, de aquellos que le infringieron padecimientos tanto a él como a su pueblo, en la guerra que recién termina. En suma, la intervención está tan bien construida, desde el terreno de la persuasión, que Poliméstor intenta colocar en un mismo bando su sufrimiento y el de su juez, con el objeto, claro está, de lograr una sentencia favorable a sus intereses.

Pero se prosigue con lo relatado por Poliméstor, para él no hay duda de que los padecimientos que le infringieron fueron cometidos a traición. Aseveración que se confirma en la forma en que las mujeres se van de la casa, pues huyen después de que, como lo formuló en la metáfora mencionada anteriormente, la casa les resultare tan acogedora como la de un amigo. Ante la amenaza de impunidad, Poliméstor introduce la segunda metáfora. Así, nos dice: “Y yo, dando un salto, persigo como una fiera a las perras manchadas de crimen, rastreando toda la pared, como un cazador, tirando cosas, dando golpes.” (Eurípides, 2000, Vv. 1170-1175). Otra vez la analogía, la forma privilegiada. Pero ahora pretende llevarnos a otra noción aristotélica: la definición.

Según las formas de la metáfora, la definición no se halla lejos del tropo. En efecto, al definir, dice Aristóteles (1990) en la *Metafísica*, lo que se hace es designar el género próximo y la diferencia específica. Esto es, precisamente, lo que hace Poliméstor. Así, luego de sufrir los padecimientos de que es objeto persigue como una fiera a las perras. Tanto él como las mujeres son vistos por el discurso en el género propio, es decir, animal, por ello se designa como fiera, una fiera herida mortalmente en su integridad y en el amor a sus hijos, pero a las mujeres, a las que han perpetrado el gran daño, las rebaja a lo peor de la condición animal, a perras. Con lo cual se configura la censura, es decir, el traer a colación y poner de relieve lo peor del género.

Se recuerda que, en los griegos, los perros y las aves de rapiña, devoraban los cadáveres insepultos (Homero, 2007) y, por ello, no son más que animales despreciables. Más allá en la metáfora, Poliméstor

dice asemejarse al cazador, pues al carecer del sentido de la visión no le queda más remedio que sostenerse de la pared para intentar seguir el rastro de las homicidas. Esto hace que su padecimiento sea aún mayor, pues las que han infringido tales males y que, por ello, no son más que perras, escapan impunemente del lugar de los crímenes. Pero lo que hay que poner de relieve en todo esto es la pretensión de justificar la venganza contra las mujeres que le han ocasionado tal daño, pues es propio del cazador, y otra vez refiriéndose a lo peor del género, perseguir y matar a las fieras salvajes, a lo más alejado de la condición humana.

En su recorrido, Poliméstor llega a la siguiente conclusión: “Tales cosas acabo de sufrir, Agamenón, porque me afano en favor tuyo y he matado a tu enemigo” (Eurípides, 2000, Vv. 1175-1180). La conclusión, como se ve, refuerza la esbozada arriba sobre la persuasión. De nuevo, el acento se pone en la relación amistad-enemistad. La lógica de la frase es absolutamente perversa. En efecto, la formulación tiende a considerar amigo a alguien y, por ese solo hecho, amigo de sus amigos y enemigo de sus enemigos. De este modo, la enunciación se realiza con la pretensión de que Agamenón tome una decisión a favor de Poliméstor, pues, según su discurso, actuó contra uno de los enemigos de su juez. Lo anterior, en la lógica de la intervención, refuerza lo dicho atrás sobre la calidad de juez imparcial que pudiera perder Agamenón. Además, observada más de cerca, la formulación indicada trasciende el ámbito de lo particular, ya no se trata solamente del enemigo de Agamenón, sino del enemigo de todos los helenos y, teniendo en cuenta la guerra acontecida, también del enemigo de los pueblos vecinos de Troya.

En suma, lo consignado a este punto dice lo siguiente: Hécuba y las troyanas son conjuradas porque la otrora reina conduce a sus antiguas siervas al lugar señalado, donde se instalan como en la casa de un amigo a cometer la deplorable conducta llevada a cabo desde la dimensión de la amistad. Pero a esta amistad se opone otra amistad, la de Poliméstor y Agamenón. Amistad que se deja ver totalmente, según Poliméstor, en la muerte misma de Polidoro como un beneficio para todos. Un bien que

le ha comportado un mal terrible, la pérdida de la visión y la muerte de sus hijos. Pero un agravio que no puede ir más allá, es decir, hacia la impunidad de tan horrendos crímenes. Por ello, tras la intervención de Poliméstor, parece que solo una cosa se hace posible, la ejecución de la venganza sobre Hécuba y las troyanas.

Según lo apuntado, el discurso de Poliméstor presenta una estructura que va de lo particular a lo general. Así, en su ataque a Hécuba, la que planea el mal en su contra, pretende hacer responsables también a todas las troyanas y, luego, a todas las mujeres, pues en la última metáfora que nos presenta refiriéndose a las mujeres dice: “ni el mar ni la tierra crían una raza de tal laya” (Eurípides, 2000, V. 1181). Con lo cual vuelve general la responsabilidad de lo que le ha ocurrido. Así, su desgracia no es solo obra de Hécuba, sino de las troyanas y de todas las mujeres. Por otra parte, el bien que dice haber realizado al matar a Polidoro tiene el mismo movimiento, va de lo particular a lo general. En efecto, el bien no es solo para Agamenón, sino para todos los helenos junto con los pueblos vecinos de Troya. A su vez, en el caso de que el fallo sea contrario, no solo se lesionaría la persona de Poliméstor dejándose impunes tanto el crimen cometido contra él como el sacrificio de sus hijos, sino que comportaría no solo el más grave de los atentados a la amistad entre él y Agamenón, sino una ofensa a las alianzas de los pueblos en la guerra y, por esta vía, a la amistad en general. Sin embargo, se debe hacer notar que lo que sostiene toda la estructura es la segunda metáfora, es decir, aquella en que se rebajaba a la mujer a lo peor de la animalidad, ya que las demás metáforas y razones crecen y se fundan en ella. Al utilizar el tropo de este modo, Poliméstor logra, como se decía hace un momento, que la metáfora cumpla la finalidad retórica de la censura al poner de relieve lo peor del género.

3.2 El discurso de Hécuba

Con el discurso pronunciado por Hécuba irrumpe otra vez, desde el comienzo, la fuerza de la metáfora: “Entre los hombres sería necesario que

la lengua jamás tuviera más fuerza que los hechos.” (Eurípides, 2000, Vv. 1186-1188). Este comienzo nos deja ver que, de lo que se trata aquí, no es de una metáfora cualquiera, es una metáfora que se usa y enfila contra la retórica, es un ataque a la retórica desde la retórica misma. Pues en un primer momento se desprecia a la retórica, pero tal desprecio se hace justamente por medio de una metáfora, es decir, por uno de sus tropos. Lo anterior acaba por configurar a la metáfora como el más elevado de los usos de la argumentación con fines persuasivos, en la medida en que su perfecta utilización logra hacer que el discurso no sea visto en parte alguna como retórico. Solo así se puede asegurar la censura que comporta la metáfora a lo peor del género humano, en este caso, a quienes hacen uso de la retórica para hacer pasar por justa una acción vil.

Para demostrar lo anterior, Hécuba enfrenta los retóricos a los hombres justos, a los hombres que actúan bien pero no poseen la facultad de la fuerza de la palabra para hacer engrandecer sus acciones. Y esto es, como se veía en Aristóteles, lo que hace patente la analogía, pues ella muestra a los contrarios ahí, en el propio lugar de enfrentamiento, donde más claramente se pueden ver sus diferencias. Muestra a Poliméstor, el retórico, que hace pasar por justa una acción injusta y a Hécuba, no menos retórica, que dice no serlo, pero que, como se decía, enfila las mismas armas de la retórica, es decir, la fuerza de las palabras y el gran tropo para atacar no a la retórica, sino a los hombres que se valen de ella de modo imperfecto, como Poliméstor.

Como si lo anterior fuera poco, queda más discurso, es decir, más persuasión, más retórica, más metáfora. Así, en adelante, Hécuba se dedicará a rebatir los puntos expuestos por Poliméstor. Con este propósito cita la primera razón enunciada por su opositor, es decir, que su acción estaba destinada a librar a los aqueos de un doble trabajo y estuvo sustentada en la amistad de Agamenón. Hécuba atiende directamente el punto de la amistad entre los aliados en la guerra. Por ello, expresa la persuasión cuando apela al sentimiento patrio de Agamenón y, en consecuencia, cifra como centro de su argumento

la formulación de que un pueblo bárbaro no puede ser amigo de los helenos (Eurípides, 2000). Lo anterior desbarata completamente la tesis de Poliméstor, fundada en la amistad como justificación del homicidio de Polidoro, por un lado; y, por el otro, como consecuencia de lo anterior, pretende deshacer cualquier intento de castigo sobre ella y las demás troyanas. Gracias a este ataque, Hécuba muestra que la causa de la muerte de su hijo fue el oro y el deseo de lucro.

Pero como Poliméstor se niega a aceptarlo, tiene que forzar los argumentos hasta el límite. La proposición se podría formular más o menos en estos términos: si Poliméstor mató a Polidoro y tal muerte fue un hecho justo, debió serlo, por ello mismo, en cualquier tiempo, tal y como lo expresa el interrogante formulado por Hécuba a Poliméstor:

¿Cómo es que cuando Troya era afortunada, y la muralla de torres estaba en torno a la ciudad, y vivía Príamo y la lanza de Héctor florecía, por qué no mataste entonces a mi hijo ya que lo criabas y tenías en tu palacio, si habías deseado hacerle a éste [Agamenón] un favor, o fuiste a llevárselo vivo a los argivos? (Eurípides, 2000, Vv. 1205-1215).

En resumidas cuentas, lo que Hécuba afirma es que la muerte de Polidoro no se dio en el momento en que vivía Héctor, pues en vida del formidable guerrero su hermano Polidoro ya era huésped de Poliméstor, además, en ese momento, se ejecutaba la guerra. Pero como la lanza florecía, arguye Hécuba (o por lo menos hacia allá va la proposición) Poliméstor no se atrevió a hacer nada en contra de su huésped por miedo a la palpitante lanza de Héctor, es decir, a Héctor mismo. En el mismo sentido de la proposición, de la validez o invalidez de la muerte de Polidoro en cualquier tiempo, Hécuba afirma que la muerte de su hijo se dio en el preciso instante en que Héctor caía en batalla y Príamo y ella ya no ostentaban la calidad de reyes, es decir, cuando “(...) nosotros no estábamos ya bajo la luz del sol por obra de nuestros enemigos” (Eurípides, 2000, Vv. 1210-1215).

Esta metáfora tiene por objeto significar dos eventos: el primero, la muerte de los hombres de la casa y, en segundo lugar, la caída del

reinado mismo. Justo aquí adquiere relevancia el tropo, ya que no estar en el poder, no ejercerlo es, en la metáfora presentada, como no estar vivo o, en suma, como no ser. Justo eso es lo que aprovecha Poliméstor, el hecho de que una parte de la familia del muchacho ha desaparecido de la faz de la tierra y la otra ha sido reducida a la esclavitud, lo que asegura o podría asegurar la impunidad de su crimen. Pero para que el crimen se lleve a cabo es necesaria una señal, como si desde la llegada de su huésped Poliméstor pensare en la forma y en el momento preciso de dar muerte con el objeto de lucrarse. Momento que halla, precisamente, cuando la caída de Troya había sido indicada por la misma ciudad con el humo que despedía (Eurípides, 2000). En ese momento, Poliméstor ejecuta su crimen aprovechando una situación de inferioridad tanto de Polidoro como de su familia. Pues bien, qué se puede decir sino que Hécuba lo ha hecho a la perfección, pues ha destrozado un argumento retórico con las mismas armas de la retórica. En efecto, Poliméstor ha hecho pasar por justa una acción injusta, Hécuba la ha rebatido desde el comienzo por una analogía general de la que se derivan tres metáforas haciendo pasar por justa su venganza.

Hécuba demuestra que la muerte de su hijo no fue un hecho justo, sino, por el contrario, injusto y abominable, pues el móvil es el oro. Se trata, pues, de un doble crimen: robar y matar o, más precisamente, de la ejecución de uno para asegurar la impunidad de otro, impunidad que, en última instancia, cobijaría a los dos crímenes. Pero atendiendo a los hechos más de cerca, los crímenes de Poliméstor no son solo robar y matar, se trata de un crimen que Hécuba hace ir mucho más allá, es un crimen contra la amistad. Lo cual acaba por desbaratar el argumento esgrimido por Poliméstor tendiente a la amistad con Agamenón y con los helenos como móvil de su acción. Así, Hécuba enfatiza: “los buenos amigos se notan muchísimo en la desgracia” (Eurípides, 2000, Vv. 1220-1225). Con lo que se constata que por acomodarse a una situación, Poliméstor actúa mal en la desgracia. Lo anterior da cabida a una quinta metáfora en el discurso que refuerza el carácter de la amistad,

tropo concretado en las siguientes palabras: “si hubieras escaseado de dinero y él [Polidoro] hubiera sido rico, mi hijo habría sido para ti un gran tesoro” (Eurípides, 2000, Vv. 1225-1230).

Luego de haber rebatido cada uno de los puntos de Poliméstor, Hécuba cierra su discurso del mismo modo como lo abre, es decir, dirigiéndose al auditorio representado por Agamenón para que éste apruebe el conjunto de su disertación. De no hacerlo, es decir, si el dictamen de Agamenón contradice las pretensiones de Hécuba, el griego, dice Hécuba, se situaría en el mismo rango de infamia en que se halla Poliméstor (Eurípides, 2000). Lo que se constata en este punto es la censura mediante la utilización de la metáfora con la finalidad de lograr la absoluta persuasión que se traduce en un fallo a favor de Hécuba. Si tal cosa no llegare a ocurrir, Agamenón pasaría a ser inmediatamente lo peor del género, es decir, uno de esos hombres que acometen acciones viles y las hacen pasar por justas.

Lo anterior muestra contundentemente que Hécuba alcanza una maestría en el uso de la retórica y del tropo con el que se logra la persuasión, toda vez que ella no solo se dirige contra su oponente, sino contra el juez-auditorio que tiene, por esa misma calidad, la facultad de aprobar o improbar lo dicho. El recurrir a este proceder acaba por asegurar que su discurso, gracias a la contundencia de la metáfora, sea necesariamente aprobado. Pues bien, tal y como se ha visto: “La tragedia expone el hecho terrible de un modo que suscita empatía en los espectadores o lectores, además de horror y propicia cierta comprensión e indulgencia hacia esta acción extrema por su violencia y crueldad” (Trueba, 2004, p. 67). Lo consignado por Trueba sobre la totalidad de la pieza trágica se aplica de modo paradigmático a Agamenón, toda vez que él asiste en calidad de espectador cualificado, pues se postula como el juez del certamen. Desde esa posición surge la empatía, el horror y, por sobre todo, la comprensión que lo conduce a la indulgencia frente a las acciones de Hécuba.



4. A modo de conclusión

Como se ve, el efecto y las armas retóricas de cada uno de los discursos son diferentes. Esto lo muestra la estructura misma de lo que se dice. En Poliméstor, como se apuntaba arriba, hay un movimiento triple que se empeña en abrir las esferas de la responsabilidad, del daño y de la aprobación que es totalmente inductivo. En Hécuba, por su parte, se procede del modo contrario, la argumentación se hace deductiva, comienza por un ataque a los que utilizan la fuerza de las armas de la retórica para justificar la infamia, hasta llegar a constatar tal actuar en las palabras de Poliméstor, e implicar a Agamenón con el objeto de lograr su persuasión, todo guiado, como se vio, por la analogía, la forma privilegiada del gran tropo de la retórica. De este modo, se nos muestra que la persuasión solo se logra gracias a la retórica y en la retórica misma, en y desde el gran tropo, la metáfora.

El análisis acometido en estas breves líneas quizá indique la posibilidad de pensar la *Retórica* de Aristóteles como un trabajo de campo extraído, ya no de las luchas de la asamblea y del tribunal como origen del pensamiento griego, del modo en que lo señala Vernant, sino como una formulación teórica que toma a la tragedia como base de estudio. Esta afirmación no deja de ser temeraria, al tener en cuenta que solo se han dado algunas indicaciones sobre uno de los tropos teorizados en *Retórica*, visto desde una de las muchas tragedias, pero de nuestra parte es el comienzo de una investigación que pretende analizar la totalidad del corpus trágico, con el objeto de fundamentar totalmente la afirmación presentada. Si tal cosa es posible, la unidad entre *Poética* y *Retórica* se hará aún más patente, en la medida en que su fundamento estaría constituido por la tragedia. Con todo, se hace necesario resaltar que los resultados presentados en los discursos estudiados nos ponen directamente en esa dirección.

Referencias

- Aristóteles (1990). *Metafísica*. Madrid: Gredos.
- Aristóteles (1991). *Poética*. Caracas: Monte Ávila.
- Aristóteles (1999). *Retórica*. Madrid: Gredos.
- Derrida, J. (1989). *La deconstrucción en las Fronteras de la Filosofía. La Retirada de la Metáfora*. Barcelona: Paidós.
- Eurípides (2000). *Obras Completas*. Madrid: Gredos.
- Jaeger, W. (1992). *Paideia: Los Ideales de la Cultura Griega*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Homero (2007). *Iliada*. Madrid: Cátedra.
- Trueba, C. (2004). *Ética y Tragedia en Aristóteles*. Barcelona: Anthropos.
- Vernant, J. P. (2004). *Los Orígenes del Pensamiento Griego*. Buenos Aires: Paidós.

